

LAFONE-QUEVEDO, EL ARQUEÓLOGO EDUCADOR (1)

I. — *Dejad a los niños que vengan hacia mí...*

Uno de los puntos fundamentales para comprender la psicología de don Samuel Lafone-Quevedo es su amor a los párvulos, a los "chan-gos" de Pilciao, la mísera e inhóspita tierra catamarqueña en la que realizó función de civilizador. Muchos motivos debieron de hacer conjunción en su espíritu para lograrlo. Por una parte, una ternura re-bosante y falta de destino, que su formación británica se esforzaba vanamente por contener. Por otra, una especie de revancha contra su destino de célibe solitario. Por otra, todavía, la comprensión de que aquellas pobres gentes, estragadas por el alcohol, el hombre y la miseria, no podían ser salvadas en sus representantes adultos y que toda esperanza tenía que ser radicada en los infantes, aun no contaminados por las plagas ni corroídos por el desgano y la desesperación. Es así como, al realizar el relato de otros aspectos de su vida de entonces, nos encontramos con detalles sintomáticos de su preocupación casi paternal por las criaturas, sin desdeñar a los niños más pequeños a los que convocaba, con los demás, a las reuniones dominicales en la capilla del fundo. Ahora veremos que ese no era un rasgo aislado sino uno de los múltiples detalles en que fincaba su preocupación permanente por la niñez y cómo se enlaza con muchos otros para darnos la imagen de un hombre constantemente preocupado por elevar el nivel mental y la sensibilidad de aquellas criaturas y por llevarles a la comprensión de lo bueno y de lo bello más por el atajo de los sentimientos que por el camino demasiado árduo para ellos de la formación intelectual.

Una de las criaturas que recibió con mayor provecho tales enseñanzas, ha escrito hace un lustro una pequeña publicación en la que,

(1) Fragmento de una biografía inédita del gran arqueólogo argentino.

desde su título, ensalza la sabia y ponderada figura de aquel semi-olvidado prócer nuestro. Si bien toda la publicación —pese a algunas ingenuidades expresivas o acaso por ellas mismas— revela tanto la calidad moral del biografiado como la del propio redactor, surge de ella una gran cantidad de datos concretos, observados en su misma fuente, dignos de conservarse para ejemplo. De ellos surge, también, la seguridad de que Lafone intentó fundamentar la educación de los polvorientos “changos” catamarqueños en las mismas bases de orden moral con que se le había educado a él en Cambridge. Es decir, que tendió más a la formación del carácter y a la perfección ética que a la ampliación del conocimiento. Este quedó dentro de los límites normales dentro de los que dichos jovenzuelos en embrión pudieran eventualmente necesitar; lo otro fué perseguido con tesón y cariño, no exentos del justo rigor disciplinario cuando aquel extremo era reputado indispensable.

Un par de anécdotas personales —reminiscencias de su propia niñez— que nos cuenta el autor de la publicación recordada, don Pedro I. Cabrera, dan bien la pauta sobre ello y tenemos la sensación de que tales rigores debieron de dolerle al evangélico don Samuel tanto, al menos, como al rapaz voluntarioso que los exigía.

En efecto, si alguien fué popular entre los chicos era ese patrón a quien iban en corporación a despedir hasta bastante lejos del Ingenio cada vez que debía ausentarse en alguno de sus periódicos viajes a Buenos Aires. Entonces se formaba una bulliciosa y abigarrada caravana, que montada —como el propio eje de la misma— en caballos, mulas o burritos, lo envolvía con sus gritos, sus risas y sus cantos, como para hacerle olvidar la tristeza de la partida.

Las bestias eran pocas, pero los niños muchos. Sobre cada lomo se erguían dos o tres “changos” de rostro moreno y oscuros ojos relucientes, bien protegidos con sus sombreros alones y sus ponchitos multicolores. Así avanzaban todos hasta algún recodo próximo, no más allá de media legua, en donde don Samuel se despedía. Más de uno dejaba entonces escapar una lágrima y todos volvían a Pilciao mohinos, con esa tristeza aguantada desde la mañana y durante el trayecto, que los cantos e incidencias de la marcha habían logrado aplazar.

En cambio el día de su regreso era esperado con ansiedad y se lo recibía con inmensa alegría. Ante el anuncio, por carta, de su arribo la ceremonia infantil se repetía a la inversa. Desde temprano se le iba a esperar en las afueras y él, al verlos, descabalgaba de su mulita para hacerles cariños. Al llegar a la vista del poblado se echaban a vuelo las campanas de la capillita y del Ingenio y toda la gente se juntaba a recibirle. Era el patrón-Providencia, que regresaba...

II. — *Don Samuel pedagogo*

Al echar las bases del establecimiento minero, una de las primeras preocupaciones de Don Samuel fué la de hacer levantar, junto a la capilla, una escuela. Había repugnado a su conciencia que los hijos de sus peones hubiesen tenido que quedar sin instrucción sólo por tener que ganarse su vida lejos de todo centro urbano. Eran las épocas en que, bajo la égida ciclopea de Sarmiento, la Argentina comenzaba su gran lucha contra el analfabetismo y la ignorancia.

Lafone-Quevedo fué, en Pilciao, uno de los adalides de esa gran batalla. Pero no era suficiente levantar las aulas de adobe. Había que vigilar, personalmente, que el instrumento fuese empleado en forma tal que rindiese sus más óptimos frutos. Había que dedicarle muchas horas, hacer de él algo consustancial con la propia existencia. Eso, ni más ni menos que eso, fué lo que hizo el señor de Pilciao.

Para ello comenzó por aceptar la presidencia de la comisión escolar que tenía a su cargo la atención de la instrucción primaria en el departamento de Andalgalá (al cual pertenecía su Ingenio). De 1878 a 1892 desempeñó tales funciones no sólo en forma absolutamente gratis sino también manteniendo totalmente a su costo los gastos emergentes de su escuelita, así como dió ayuda a la Escuela Graduada Provincial, sita en Andalgalá (cuya humilde planta fué ampliada en 1941, al dársele el nombre de su protector).

Aquel cargo oficial facilitó muchas cosas, si bien costó mucho dinero. La escuelita de Pilciao fué reconocida en igual carácter que la departamental, lo cual —dada nuestra idiosincrasia— era de suma importancia para otorgar la debida valoración a los estudios allí realizados. Y en su personal hubo bien pronto no uno sino dos maestros. Además, en ella implantó Lafone una serie de métodos de emulación y de enseñanza, que la práctica demostró eran de excelentes resultados.

Uno de los procedimientos más característicos era el de las "Conferencias", instituídas por él en Pilciao como una manera de lograr que los niños adquirieran el despejo y el don de gentes necesario para actuar en el mundo. Los días de trabajo eran de ruda labor. Las chirriantes carretas transportaban a Chumbicha las barras de cobre de 12 a 14 arrobas de peso, cada una, en tanto que otras menores, de 6 a 8 arrobas, eran llevadas al mismo lugar en recua de mulas. Pero los días de fiesta (cada fin de semana), las Conferencias constituían un placer renovado.

El ritual de las Conferencias era harto complicado y ocupaba un lugar en la vida local, siendo un motivo de regocijo para todos los

que allí vivían. Desde el propio Lafone-Quevedo hasta el más pobre de los peones del Ingenio o el más pequeño de los "changuitos" de la Escuela, para todos, las Conferencias constituían uno de los placeres que Pilciao (y sólo Pilciao) ofrecía. Y eran, además, centro de atracción de los más prominentes andalgaleños y de sus familias.

Así, en Pilciao, la semana estaba dividida en dos grandes sectores: se trabajaba fuertemente desde el lunes al viernes, pero ya al caer la tarde de ese día comenzaban a llegar al Ingenio los amigos de Andalgalá. Había los que eran especialmente invitados y los que ya no requerían invitación por haberse convertido en una especie de presencia inevitable, dotada de ejemplar fidelidad. Iban llegando, pues, unas veces en nutrida caravana de carros, carricoches, mulas y caballos; otras aislados o en pequeños grupos.

Estas visitas provenían o del pueblo de Andalgalá o del Ingenio de los Carranza; ambos lugares distaban poco más de tres leguas (aunque en sentidos diferentes), de manera que tal concurrencia era la mejor demostración de que Pilciao atraía grandemente. Todos los invitados eran alojados en la casa de don Samuel, dentro de la austera y proverbial sencillez de sus instalaciones. De a dos, de a tres, en cada una de las espaciosas habitaciones de adobe, los concurrentes acababan por acomodarse, aunque en ocasiones la casona pareciese disponer de recursos mágicos para adaptarse a las comodidades que le exige la amistosa invasión.

Entretanto, durante la semana, los maestros habían preparado especialmente a los niños, durante las horas de clase, agregando a las lecciones comunes algunas cosas especiales. Como tal preparación se hacía con unos pocos infantiles por vez esto no significaba, a la postre, demasiado recargo para ninguno. Era así como los designados aprendían de memoria tal cual tabula —escogida entre las de los maestros del género, Esopo, La Fontaine, Iriarte o Samaniego— que luego era recitada en el momento oportuno. Y por su parte don Samuel preparaba especialmente a su famoso coro infantil, del que luego hablaremos, poniendo a punto las canciones que formarían, en esa ocasión, el repertorio. El sábado, resabio de la vida de juventud en Inglaterra, era día de descanso en la hacienda. En ese sentido puede decirse que Lafone-Quevedo fué uno de los precursores del "sábado inglés" en la Argentina... Y el domingo se realizaba, por fin, la esperada Conferencia.

A las diez de la mañana un chico, especialmente elegido entre los que leían mejor, era llamado al escritorio de don Samuel para recibir de sus manos el texto que debía leer en el acto. Este era —otra reminiscencia británica— el Evangelio correspondiente al día. A las diez y media comenzaba al repiquetear de las campanas de la capilla, lla-

mando a las gentes. Estas iban llegando pausadamente, con la cachaza de los norteños de sangre indígena, que parecen tener toda la vida por delante para cada una de las cosas que emprenden. Así se iba colmando la capacidad del lugar, en el que cada cual ocupaba el lugar prefijado. Los señores del leudo y sus parientes, o invitados de honor, se sentaban en los duros sillones de algarrobo, apenas recubiertos por alguna colorida allombra indígena. Los grupos de peones, sus esposas e hijos, indios, ocupaban los bancos situados enfrente.

Para los más pequeños, que todavía no podían seguir la ceremonia, tenía don Samuel montones de cuadernos ingleses con láminas en colores, que iban siendo entregados a los pequenuelos por dos muchachos mayores apostados, a tal fin, a uno y otro lado de la puerta de entrada (y que volvían a recoger toda aquella abigarrada literatura infantil una vez que la gente se movilizaba para retirarse). Esa entrega tenía una finalidad docente: entretener a los más chicos durante la espera y el desarrollo de los actos que no alcanzaban a entender. Ellos se divertían hojeándolos mientras el patrón —o el lector de turno— leía en alta voz el Evangelio. Después el coro infantil, estratégicamente situado, cantaba canciones religiosas *a capella*, con una unción y un respeto que conmovían unánimemente. Luego, alguna canción, no siempre especialmente fácil, era entonada de nuevo.

Para finalizar aquella reunión pueril y encantadora el animador de todo aquello volvía a hacer uso de la palabra para narrar algún clásico cuento de hadas, adaptado al ambiente, con giros de lenguaje, costumbres y personajes locales. (Pues no debe olvidarse que, preocupado por enseñar divirtiendo a “sus niñitos”, había traducido, entre 1881 y 1882, los *Cuentos del Rey Cambrius*, de Deulin, destinándolos a abrir las puertas de la literatura infantil a aquellos alortunados “changuitos”). Sus propias narraciones breves estaban, a su manera, tan llenas de virtuosismo literario como los apólogos de Wilde.

Don Samuel gozaba al observar las reacciones de su ingenuo auditorio frente a sus aciertos de composición, al revitalizar aquellas seculares fabulas hasta ponerlas al alcance de quienes las oían sin sospechar que estaban escuchando una versión inesperadamente lugareña del folklore europeo u oriental. Y a veces, alentado por las exclamaciones de su auditorio, inventaba en el calor del relato divertidas variantes, adivinando el deseo de sus oyentes de que “aquello” se prolongase. Es lástima que no haya escrito ni uno solo. Debieron de haber sido especialmente hermosos, por que más de uno de sus pequeños oyentes de entonces los recordaba con fruicción medio siglo más tarde...

Don Pedro I. Cabrera, que era entonces uno de los indiecitos de su coro, nos ha transmitido la fórmula, algo más complicada, de los

programas que, salvo pequeñas variantes ocasionales, componían las Conferencias de su tiempo. Helo aquí: 1, Un Villancico (canto); 2, Lectura del Evangelio y explicación de las palabras del Apóstol, por don Samuel; 3, Coro; 4, Recitado por uno de los niños; 5, Solo de canto o violín; 6, Coro; 7, Un cuento de viejas, de aventuras de niñitos o de las Mil y una noches, por don Samuel.

Este programa muestra cómo las Conferencias fueron estructurándose cada vez en forma más y más elaborada y cómo la parte musical fué adquiriendo una preponderancia cada vez mayor a medida que crecía en los muchachos ese aspecto de su educación. Sobre ello hemos de tener oportunidad de volver al tratar especialmente de este aspecto, tan fundamental en la benemérita vida de Lafone-Quevedo.

Al terminarse la Conferencia no terminaba el regocijo. Para los más golosos quizá más correspondería decir que comenzaba, pues todas las criaturas pasaban a casa de don Samuel a recibir los obsequios que él les tenía preparados. Estos eran pocos, como necesariamente correspondía al número de los obsequiados, pero singularmente sabrosos: en verano, uvas, brevas, duraznos, traídos de una finca de don Samuel cercana a Andalgalá, frutas de estación, despaciosamente maduras en el árbol, que se deshacían en la boca en gratisimo dulzor; en invierno, pasas y nueces, frutas secas no menos apetitosas que las anteriores. Los protagonistas de los recitados o los solistas musicales recibían doble ración y, a veces, confites y pastillas. Por ello no era extraño que Lafone tuviese necesidad —en ocasiones— de alternar el reparto con alguna dosis de magnesia o sulfato, que extraía de su botiquín.

Después de almuerzo los “changos” se reunían para jugar en presencia del patrón, quien a veces oficiaba de árbitro. En recuerdo de sus tiempos de *sportman* de Cambridge, Lafone-Quevedo exigía a los muchachos la mayor corrección en la conducta deportiva: desde aprender a perder sin protestas indebidas hasta a refrenar la lengua durante el juego. Cualquier zafaduría era inmediatamente sancionada, tanto, al menos, como si se hubiese tratado de una infracción aleva a una regla del juego...

De esta suerte iba don Samuel educando su conducta de la misma manera que cuidaba de su instrucción, al extremo de que, aun años después, los “muchachos de don Samuel” o “los muchachos de Pilciao” eran reconocidos en todas partes, en Catamarca, por la belleza caligráfica de su letra y por la vigilante atención de la conducta.

Al terminar los juegos, daba Lafone-Quevedo su paseo diario. Unas veces lo hacía a pie. Otras a caballo. Quizá lo aprovechara para conversar un poco consigo mismo, aislándose de sus visitas; quizá para preguntarse, en la quietud y el silencio de la tarde que caía, con su

permanente preocupación religiosa por los hombres, si podía estar contento del día transcurrido. A su regreso, que era justamente a la hora de la oración, volvían a sonar las campanas de la capilla. Las gentes volvían a reunirse, casi entre penumbras. Por las ventanas llegaban las últimas luces de la tarde. El silencio sin par del desierto arenoso y de las montañas se metía quedamente en el ambiente, saturándolo de unción y de paz.

Y allí, de pie ante las gentes que él creía que el Señor le había confiado para mejorarlos, don Samuel dirigía el rosario. Su voz, lenta y severa, se alzaba solitaria, recibiendo luego el murmullo apaciguado del coro que le respondía. Unas pocas luces esparcidas iban ganando en importancia a medida que la plegaria avanzaba. Las voces ondulaban como las llamas en los míseros pabilos. Y una paz, hecha de contentamiento y de resignación, ganaba plenamente el corazón de los fieles..

III. — *Exámenes en Pilciao*

Los exámenes públicos de fin de curso, eran otra de las características especiales que don Samuel había implantado en la escuelita de Pilciao. Constituían un acto académico lleno de importancia, cuyo relieve trataba de aumentar su creador por todos los medios. La mesa examinadora estaba constituida por el propio don Samuel en su carácter de presidente de la Comisión Escolar del departamento de Andalgala, el director de la escuela y uno o dos directores de las de Andalgala, que habían sido especialmente invitados a trasladarse a Pilciao con ese objeto.

Los padres de los alumnos se sentían moralmente obligados a concurrir a aquellos actos, en los que se iba a poner en evidencia el grado de preparación alcanzado por sus criaturas y los niños, estimulados por la competencia y acostumbrados a actuar en público por las Conferencias semanales, rivalizaban en tesón para hacer el mejor papel posible y para obtener, de paso, algunos de los premios que el dueño del fundo había destinado para ser entregados a los sobresalientes.

Quizá algún moderno pedagogo se manifieste escandalizado por este sistema de estímulos, pero en su época pasaba por ser el más adecuado para los fines que se deseaba alcanzar. Al terminar las pruebas, se distribuían en el mismo acto público las recompensas y finalmente se proclamaba. "Capitán de la Escuela" al alumno que había merecido la mejor nota. En casos de empate en las calificaciones, Lafone-Quevedo había ideado una nota suplementaria, el "diez con cruz" (10 +), que dirimía el duelo entre dos o más excelencias. Esta nota era siempre concedida al de mejor letra, lo que (aunque el hipotético peda-

gogo contemporáneo ponga el grito en el cielo) explica la vasta reputación de pendolistas de que antes hablamos.

Desde luego que, desde un punto de vista estrictamente científico, puede parecer un disparate eso de erigir a la caligrafía en materia esencial, discernidora de la más alta recompensa, pero piénsese que ello ocurría sólo cuando iba acompañada de las mejores notas en *todas* las otras materias y exclusivamente para provocar un desempate. Y que, además, se trataba de capacitar a los niños para mejorar su mísera condición y, en el medio en el que les tocaría desenvolverse en el resto de su existencia, pocas cosas habían de valerles más que una bella letra.

No ha de creerse que Lafone-Quevedo se limitara a ayudar a los hijos de sus peones a adquirir los rudimentos de las primeras letras. además de la intensa cultura musical que les impartió a todos cuantos pasaron por su lado, siguió interesándose por aquellos cuya inteligencia o tesón excepcionales creyó una verdadera obligación estimular. El recordado Cabrera da una nómina de aquellos a quienes ayudó financieramente para proseguir sus estudios superiores. Hubo entre ellos un conocido orador sagrado catamarqueño, un médico, el director de una escuela de Andalgalá, un diputado provincial, un director general de rentas de la provincia, varios contadores, y un cierto número de funcionarios importantes de la administración. Es que Lafone-Quevedo fué un maestro y un civilizador auténtico, siempre dispuesto a promover cultura.

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA